

Julio Ramón Ribeyro: una utopía de la soledad

ALONSO CUETO

I

En la obra de Ribeyro puede observarse una exploración del paraíso de la soledad. La renuncia es el único camino hacia ese paraíso. Sus personajes han elegido vivir utopías privadas, vinculadas a su autoestima, como ocurre en relatos tan distintos como “El profesor suplente” y “La música, el maestro Berenson y un servidor”. Lo esencial de sus historias ocurre cuando están solos. En sus relatos, el amor no tiene ningún futuro. Las parejas, como ocurre en “Silvio en El Rosedal” o en “Una aventura nocturna”, son insinuaciones frustradas, esbozos de una relación, que desde sus inicios aparece como imposible. La única pareja que funciona es la de los rencorosos viejos en “Tristes querellas en la vieja quinta”. Ninguna de las hazañas de los personajes de Ribeyro ocurre frente a un gran público, como ocurriría con los de Víctor Hugo. Su soledad se parece más a los personajes de Maupassant, cuyo Monsieur Parent podría haber sido un personaje de Ribeyro.

Si el mundo se ha vuelto demasiado ancho y ajeno y lo que queda son los espacios reducidos en los que transcurre su vida —con frecuencia miserable, mezquina y solitaria—, allí están los personajes de “Los gallinazos sin plumas” para atestiguarlo. En ese cuento emblemático, entendemos que la historia no progresa, sino que se repite. Los niños que escapan de la codicia y la violencia de su abuelo van a crecer para parecerse a él. Es la ley de la ciudad y de la historia.

El escepticismo esencial en la obra de Ribeyro, el miedo, el desgano y la abulia de personajes, como el de “El profesor suplente” o el de “Dirección equivocada”, tienen un componente emocional, pero también una sospecha. Esa sospecha parte de la idea de que la historia no tiene leyes. En una de sus Prosas apátridas, Ribeyro escribe que la historia es un juego cuyas reglas se han extraviado. Más adelante agrega que

lo terrible sería que después de tantas búsquedas se llegue a la conclusión de que la historia es un juego sin reglas o, lo que sería peor, un juego cuyas reglas se inventan a medida que se juega y que al final son impuestas por el vencedor. (Ribeyro, 2013, p. 13)

Es por eso que la rebeldía no tiene un sentido, como tampoco la moral y, menos aún, el honor. La búsqueda de la dignidad tiene un componente banal y cotidiano, con frecuencia ridículo, que se ejemplifica en el maestro Berenson, bien ataviado, dirigiendo la Quinta de Beethoven mientras lo acompaña la orquesta de un tocadiscos encendido.

La ciudad de Lima nace en la literatura con la obra de Ribeyro. Antes de los años cincuenta, ningún autor había abordado de un modo realista, las leyes de la urbe. Eva Valero ha explorado con enorme detalle y precisión el aspecto urbano de su obra en su libro *La ciudad en la obra de Julio Ramón Ribeyro*. Es allí donde Valero desarrolla con precisión la idea de que, incluso cuando los personajes de Ribeyro salen de la ciudad, desarrollan lo que llama “la mirada urbana”, como una mirada sobre el vacío y la falta de sentido. Creo que lo que Ribeyro insinúa en estos cuentos es que los seres humanos no estamos definidos por nuestros logros, sino por nuestras carencias; es decir, por esa gran acumulación de ambiciones y sueños no realizados de la que están hechos los destinos de la inmensa mayoría.

“Silvio en El Rosedal” es la historia de un hombre que quiere por sobre todo ingresar en el universo cifrado de la música, para escapar del desorden del mundo (y del amor). Este impulso por evadir la realidad es recurrente e inútil en sus personajes. Uno de los relatos inéditos de este volumen, “Surf” (el último que escribió en su vida), cuenta la historia de un escritor que trabaja frente al mar lleno de corredores de olas, tratando de fusionarse con esos seres marinos que navegan frente a él.

Fue un escritor eminentemente visual (entre sus hobbies estaban el dibujo y los óleos), que describió con precisión el poder que las casas y las calles ejercen en los hombres (“Tristes querellas en la vieja quinta” cuenta el poder de una casa antigua sobre los vecinos). Escritor de interiores, sin embargo, escribió uno de los mejores cuentos de la intemperie urbana: “Los gallinazos sin plumas”. Realista empedernido, también escribió uno de los mejores cuentos fantásticos latinoamericanos, una joya llamada “Ridder y el pisapapeles”. Escribió en todos los géneros (incluso el teatro), pero solo los cuentos, las prosas y los diarios se acomodaron a su sensibilidad.

Su narrador nos ofrece panoramas de la ciudad en muchos de los inicios de los cuentos, pero de inmediato se fusionan con el punto de vista de sus personajes, que nos acompañan en el camino del relato. Es un narrador marginal que nos acompaña y que no nos da lecciones.

Sus relatos proyectan una luz blanca, opaca y, sin embargo, dramática sobre los escenarios limeños (su mar, su neblina, sus árboles húmedos). Esa misma luz iluminó su vida.

II

En agosto de 1994, unos meses antes de su muerte, Julio Ramón Ribeyro me llamó para conversar y jugar ajedrez en su apartamento. Esa noche, en su balcón frente al mar de Lima, mientras me servía un vaso de vino (un hábito que, junto con el cigarrillo, nunca abandonó del todo), me dijo de un modo casual que pronto iba a cumplir sesenta y cinco años y que esperaba vivir unos diez más. Luego se quedó en silencio, se tomó un trago y agregó rápidamente: “Aunque no creo que tanto”.

Muchos años antes, Julio había sobrevivido a un cáncer al estómago, a la pobreza de sus primeros años en París y a otros muchos problemas. Estaba viviendo en Lima, rodeado de amigos y su pronóstico de vida era de un optimismo matizado por su escepticismo natural. Por entonces, la enfermedad que iba a matarlo en diciembre de ese mismo año no había mostrado ninguna señal. El desánimo final en sus frases, sin embargo, parecía el de uno de sus personajes. Su frase “aunque no creo que tanto” de algún modo también acompaña y define a sus seres de ficción.

Yo lo había conocido más de una década antes, el día que comentamos su muerte. Fue a mediados de 1983, cuando yo estudiaba en la Universidad de Texas en Austin. Una tarde en el campus me había encontrado con un estudiante peruano que me preguntó si sabía la noticia: según él, Julio Ramón Ribeyro acababa de morir de un cáncer en París. Yo, que nunca había hablado con él, había sido sin embargo un lector devoto de sus cuentos, empezando por “Las botellas y los hombres”. Esa tarde escribí un texto largo y lo mandé a la revista *Debate* en Lima. Puesto que la noticia era falsa, los editores me devolvieron el texto en el que yo hacía reseña de sus grandes logros como cuentista y me lamentaba de su (siempre) temprano fin. Entonces averigüé la dirección de Ribeyro en París y no se me ocurrió mejor idea que mandarle una carta con mi texto funerario, en el que le explicaba lo ocurrido. Terminaba diciéndole: “Le envío este texto, pues supongo que pocos pueden leer lo que va a decirse sobre ellos después de muertos”. La respuesta me llegó unos días después. Empezaba con la famosa cita de Mark Twain: “Las noticias sobre mi muerte son algo exageradas”. Luego, con frases de un magnífico humor negro, me decía que esperaba que pasara mucho tiempo antes de que yo pudiera publicar el texto. En diciembre de ese año, lo conocí en una reunión en casa de Patricia Pinilla, su editora de *Solo para fumadores*.

Durante los once años que lo frecuenté, me pasaron muchas cosas. Regresé a vivir a Lima, lo seguí leyendo, conversé mucho con él y lo quise. A inicios de los años noventa, Ribeyro se había instalado en un apartamento frente al mar de Lima. Fue allí donde lo vi varias veces, solos o con otros amigos como Fernando Ampuero, Fernando Carvalho y Guillermo Niño de Guzmán. Durante un tiempo, nos propusimos jugar ajedrez. Me

di cuenta de que él tenía mucha más experiencia en el juego que yo y que conocía aperturas y celadas de las que yo no tenía mucha idea. Sin embargo, puse en práctica un recurso pedestre pero efectivo, que consistía en atacarlo de un modo indiscriminado por todos los flancos. Iba a confesarme que se había sentido avasallado y en dudas por mi agresividad. Mi vehemencia era un antídoto contra sus conocimientos y equilibraba nuestras fuerzas. Gané algunas, me ganó otras e hicimos tablas la mayoría.

Hacer tablas, empatar, son en cierto modo las consignas de su vida y de su obra. Sus relatos, escritos en un estilo llano y directo, al borde del tedio de las vidas que buscan representar, nos ofrecen, en el esplendor de su medianía, a ilusos frustrados, soñadores aplastados, aventureros que se han dado de bruces contra las barreras de la banalidad. Consumidores y no protagonistas de sus vidas, sus personajes siguen los pasos de Silvio en “Silvio en El Rosedal”: el hombre que es capaz de realizar su mejor actuación, pero solo frente a un auditorio vacío.

Aunque casi siempre fue ajeno a los premios y a la fama, Ribeyro recibió el premio Juan Rulfo poco antes de morir y por entonces contestó a una de sus pocas entrevistas, con Ernesto Hermoza. Sus respuestas fueron cortas y, al verlo (se puede ver en YouTube), su amabilidad parece aún algo incierta y temerosa. Cuando se le preguntó qué significaba el premio para su vanidad, su frase fue tan lacónica como el final de uno de sus cuentos: “No la tengo”.

Y esa esperanza no lo abandonó sino hasta cerca del fin. Esa tarde de primavera de 1994, quedamos en encontrarnos en su casa frente al mar. Hacía un sol magnífico en la bahía de Lima y yo llegué a su puerta. Él estaba llegando al mismo tiempo. Lo vi bajar de la bicicleta, la cara radiante, tocado por la gracia del sol que iba a dejar de alumbrarlo a fines de ese mismo año. Ese brillo en su cara risueña es el que me acompaña todavía y el que mejor lo recuerda en este cielo gris que conocía.